



Seix Barral

Regina Porter

Lo que sembramos





Seix Barral Biblioteca Formentor

Regina Porter

Lo que sembramos

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *The Travelers*

© Regina M. Porter, 2019

Todos los derechos reservados. Publicado en Estados Unidos por Hogarth, un sello de Crown Publishing Group, una división de Random House LLC, una empresa de Penguin Random House, Nueva York

© por la traducción, Javier Calvo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

pág. 279: © *Walking In LA*, © 2007 Capitol Records Inc., interpretada por Missing Persons

pág. 282 y 285: © *Only You*, © 1991 Universal Records Inc., interpretada por The Platters

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-322-3610-5

Depósito legal: B. 26.418-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

9 *Reparto de personajes*

- 13 Pásalo
- 23 Damascus Road
- 47 En los hospitales no se puede fumar
- 55 Que haya sal
- 71 Acto primero
- 89 Intermedio
- 91 Acto
- 107 Acto tercero
- 109 Eddie posvietnam
- 131 Temporada de verano
- 169 El hombre itinerante se queda quieto
- 203 Eloise levanta el vuelo
- 241 Sé dónde vive el veneno
- 253 Minerva, hecha un lío
- 259 Ejercicios de escritura
- 267 Vapor
- 293 No eres ninguna Lee Krasner
- 327 Notas de Hank
- 343 Centro del color

357 Eloise levanta el vuelo

383 El peso de un caimán

415 *Agradecimientos*

419 *Créditos de las imágenes*



PÁSALO

1946 1954 1964 1971 1986 2000 2009

Cuando el niño tenía cuatro años, le preguntó a su padre por qué la gente necesitaba dormir. Su padre le dijo: «Para que Dios pueda arreglar todo lo que la gente jode».

Cuando el niño tenía doce años, le preguntó a su madre por qué se había marchado su padre. La madre le dijo: «Para poder follarse todo lo que se mueve».

Cuando el niño tenía trece años, quiso saber por qué había vuelto su padre a casa. Su madre le dijo: «Porque tengo cuarenta y un años y no me apetece salir a buscar a alguien con quien follar».

A los catorce años, cuando las palabrotas parecían manar de las bocas de sus amigos como el agua de una tubería rota, al chico ya no le atraía decirlas. En absoluto. Ni por asomo.

A los dieciocho, el chico (Jimmy Vincent Hijo) abandonó su pueblo natal, Huntington, Long Island, para asistir a la Universidad de Michigan. Por lo que cuenta todo el mundo, Jimmy era muy buen estudiante y tan apuesto que no te dejaba concentrarte. Podría haber conseguido a cualquier chica que hubiera querido, pero, como suele pasar, acabó decantándose por una muchacha maravillosamente insulsa llamada Alice. Jimmy se convenció a sí mismo de que amaba a Alice y durante el primer curso disfrutaron de un sexo encandilado y acrobático. Encantada de su buena fortuna, Alice abrazaba a Jimmy muy fuerte con agradecimiento y decía: «Oh, Dios. Oh, yo. ¿Yo? Joder, joder, joder».

Después de Michigan, Jimmy regresó a la Costa Este. Encontró trabajo de asistente jurídico en un bufete de abogados de alto copete y conoció a una chica alta de Nueva Inglaterra. Jane era estudiante de Medicina, pero podría haber pasado por modelo de pasarela. No decía palabrotas y cada vez que entraban juntos en algún local la gente se los quedaba mirando. Era una chica con la que Jimmy no sólo podría haberse casado, sino a la que podría haber querido, incluso a la tierna edad de veintidós años. Y se la llevó a casa de sus padres en Nochebuena, que daba la casualidad de que también era su primer aniversario como pareja.

Después de una encantadora cena que la madre de Jimmy se había pasado el día entero cocinando con su libro de recetas favorito, el padre de Jimmy entró tranquilamente en el salón y se sentó entre Jimmy y Jane. Se puso a dar sorbos de Madeira y a recordar su infancia en el Maine rural. «La patata caliente cura el orzuelo. La patata cruda en el sobaco funciona mejor que el desodorante. Métete

una patata en el zapato y ya te puedes despedir del resfriado. Os presento el diccionario del joven granjero. Cambié una sarta de campos de patatas por otra. Long Island solía estar llena de patatales, por si no lo sabíais.» Cuando Jane se fue a la cocina para ver cómo iba la madre de Jimmy, su padre se giró hacia él y le dijo: «Hijo, ¿te estás tirando a esa? No la dejes marchar. No la cagues, Jimmy, ya la querría yo para mí». Jimmy, a quien siempre habían llamado Jimmy Hijo, decidió en aquel instante que prefería que lo llamaran James. Cuando a James lo admitieron en la Facultad de Derecho de Columbia, se distanció de Jane.

EL MENÚ DE NAVIDAD DE NANCY VINCENT

«*Capricho de costillas asadas*»

Costillar asado de ternera, patatas al horno, aros de cebolla fritos, brócoli con salsa holandesa, ensalada de aros de manzana, bollos dorados con forma de abanico, pastel en forma de vela, café caliente, tazones de leche.

Better Homes and Gardens: Special Occasions

(Meredith Press, Nueva York, 1959)

Cuando James tenía treinta y un años, lo hicieron socio del bufete. Tenía bastante dinero, aunque no era escandalosamente rico. James había visto cómo sendos ataques al corazón habían dado pasaporte a dos socios del bufete no mucho mayores que él, de manera que reservaba tiempo para viajar, tanto a su pueblo natal como al extranjero. Se dio el gusto de salir con un surtido impresionante de mujeres. Se casó con una guapa chica de

Middlebury, en una colina de Vermont poblada de arándanos azules cerca de la universidad donde ella estudiaba. James y Sigrid se compraron un apartamento de tres dormitorios con vistas a Central Park. Su encantadora esposa tenía un defecto, una cicatriz en la nariz, regalo de un transeúnte desconocido que la había tirado de su bicicleta Schwinn rosa cuando iba pedaleando con sus padres por Prospect Park. «Aparta, coño», le había dicho aquel desconocido vestido con ropa de licra cuando había pasado zumbando junto a ella con unos patines de ante. James le veía algo profético a esta historia. Quería a Sigrid tanto como ella lo quería a él. Sigrid le hacía reír de buena gana. Tuvieron un hijo. Lo llamaron Rufus. Y lo apodaron Ruff. Sigrid le dijo a James que no quería tener más. Después de un año de baja por maternidad, Sigrid volvió a su trabajo de correctora.

Cuando tenía cuarenta años, nada emocionaba a James. Había leído en alguna parte que la gente a los cuarenta no era feliz, pero James se conformaba con llevar a su Ruff a ver partidos de béisbol en el estadio de los Yankees y a aparcar el aburrido pero provechoso trabajo del bufete de viernes a lunes. Se encontró a sí mismo dando clases en su *alma mater*, Columbia, y descubrió que le gustaba más que ejercer la abogacía.

Cuando tenía cuarenta y dos años, a James sí se le despertaron emociones: sobre todo cuando vio a su anciano padre enterrado en la tumba familiar que tenían en Cabot, Maine. Un colega del bufete se llevó aparte a James antes del funeral y le dijo: «Tienes suerte de haber conocido a tu padre de adulto. No todos llegamos a los ochenta y uno». A James le entraron ganas de decirle: «Vete a la mierda.

No conocí a mi padre para nada». Pero lo que dijo fue: «Gracias por viajar hasta Maine. Muchas gracias».



Cuando James tenía cuarenta y cinco años, Sigrid le dijo que pasaba demasiado tiempo sola en su apartamento y que le hacía falta un cambio. Estaban en su viaje anual a Vermont, a un tiro de piedra del centro de esquí que había en la misma colina poblada de arándanos donde él le había pedido matrimonio. Resultó ser un fin de semana anodino. James consultó al mismo colega que había asistido al funeral de su padre. «La menopausia es un problema —le dijo su colega—. Es hora de cambiarla por una nueva.» A James le pareció un poco prematuro y le preguntó a su madre. Ella le mandó una receta de *Better Homes and Gardens*. Mientras cenaban un plato de risotto de setas que él se había pasado la mayor parte de la tarde cocinando, James le dijo a Sigrid: «El cambio vital puede ser tu enemigo o puede ser tu mejor amigo». Sigrid cogió a su hijo, Rufus, y se mudó a la otra punta del país, a un apartamento de estilo colonial español en Los Ángeles. En la actualidad corre casi todas las mañanas por la playa y bebe cerveza Sapporo por las noches con su novio.

Cuando James tenía cincuenta años y se estaba acostando con Akemi, su asistenta japonesa mucho más joven que él, Rufus lo llamó un día llorando desde Venice Beach. «Papá, acaba de pasarme algo muy chungo. ¿Puedes venir a Los Ángeles a recogerme, por favor?» James no estaba preparado para la mala noticia de su hijo. Le colgó el teléfono, pero no sin antes decirle: «Lo siento, Ruff, pero estoy intentando dormir para poder arreglar todo lo que Dios ha jodido».

Akemi, que significa «gran belleza» en japonés, vio que James echaba mano de la caja de pizza de V&T que tenía en la mesilla de noche. Se había fijado en que últimamente había empezado a picar comida en la cama. Se tapó hasta los hombros con las sábanas y se negó a fingir que lo amaba. «Aquí no sabéis envejecer.» James le dijo que necesitaba estar un tiempo a solas. Y cuando Akemi se marchó, llamó a Rufus.

Cuando James tenía cincuenta y ocho años y estaba felizmente casado con Adele, de cincuenta y seis, a quien amaba porque ninguno de los dos necesitaba hablar mucho, fue a visitar a su anciana madre al complejo residencial para la tercera edad que ella ahora consideraba su casa. Su madre tenía el pelo blanco y dentadura postiza blanca y a James le asombraba lo vibrante que era su sonrisa falsa. Nunca le había dicho a su madre que era hermosa. Era la clase de mujer que no habría agradecido el cumplido.

—¿Cómo te va, mamá?

Su madre lo miró y dijo:

—Ya no aguanto más.

A James le pareció una declaración necesaria pero poco clara. Se preguntó si su madre estaría planteándose marcharse de allí. Era una salida de cobardes, pero él

mismo no la descartaría. Su madre señaló a un viejo con batín raído de seda que estaba a dos mesas de ellos. El carcamal estaba enfrascado conversando con una visitante gordita de mediana edad que quizá fuera su hija o quizá una esposa mucho más joven que él.

—No tengo ni un momento de paz. Ese viejo siempre me está tirando los trastos.

—Todavía estás de buen ver —dijo James.

Su madre sonrió y le pellizcó la mejilla. No era lo mismo que decirle que era hermosa. Pero era suficiente. Echó su silla hacia atrás y le dijo a James que esperaba verlo el domingo siguiente.

Cuando James tenía sesenta años y Rufus, ahora casado desde hacía tiempo y con gemelos, lo llamó para preguntarle: «¿Cómo puedo salvar mi matrimonio, papá?», James se limitó a decirle: «No divorciándote». Rufus se había casado con una mujer negra llamada Claudia Christie, lo cual significaba que los nietos de James, Elijah y Winona, eran multirraciales, birraciales, *parcialmente negros*. Allá donde James fuera en Manhattan, se encontraba con gente que era *mitad y mitad*. Una vez había cometido el error de usar el término *mulatos*. Rufus lo llevó aparte y le explicó a James que aquella palabra estaba prohibida. Como la dijera una vez más, no volvería a ver a sus nietos. Aun así, cuando James caminaba por la calle con Elijah y Winona, sentía unas emociones tan mezcladas como el color de la piel de los niños. «Son espectacularmente guapos», decía la gente. «Pero no se parecen en nada a mí», le confesó James a Adele.

Una tarde soleada de agosto, James estaba lanzando pelotas de sóftbol en el jardín con Elijah. Ahora pasaba la

mayor parte de los meses de verano y otoño con Adele en su casa de la playa en Amagansett. Rufus y Claudia estaban en un simposio sobre Joyce en Dublín y los habían dejado una semana a cargo de sus nietos. A James y a Adele les gustaba tomarse unos martinis a mediodía. Los martinis de mediodía se habían convertido en un ritual en Amagansett, a diferencia del golf. Nada de golf. A James le preocupó ver que Adele salía de la cocina con un bañador de los años cuarenta estilo Mildred Pierce y depositaba a Winona en el vetusto flotador. El flotador era azul y blanco y estaba decorado con cangrejos rojos, pero se notaba que era más viejo que Matusalén porque los cangrejos ya estaban de un color rosa oxidado. James dividió su atención entre Winona en la piscina y Elijah, que estaba tirando la pelota de sóftbol con un efecto tremendo. El chico tenía buen brazo. Y según como lo miraras —menuda gracia tenía esto, ¿no?—, se le parecía un montón.

—Abuelo —dijo Elijah, preparándose para otro lanzamiento, un lanzamiento que golpeó la palma de la mano de James y le arrancó una punzada de dolor—. ¿Por qué la gente necesita dormir?

Estaban en el caro césped del jardín. Los dos en bañador. Los dos bañadores eran del mismo color aguamarina. A Adele le gustaba que todos los colores de su casa de la playa hicieran juego y fueran luminosos, como el Caribe. La idea de que en una casa de la playa todo tuviera que ser blanco era obscena. Y hablando de Adele. ¿Dónde se había metido Adele? Winona estaba en el flotador, cantando. Pataleando y cantando. Chapoteando y pataleando. Por un momento James se sintió confundido. A veces intentaba retroceder mentalmente hasta 1942, el año en que había nacido.

—¿Qué has dicho, Elijah?

—¿Cómo es que todos necesitamos dormir, abuelo?

James vio a Adele por la ventana del patio. Se estaba sirviendo otro martini. Estaba hablando por teléfono, seguramente decidiendo con alguna de sus amigas artistas adónde iban a llevar a los niños a cenar por la noche. Ahora que todos tenían nietos, la cena formaba parte de su rutina. La cena y los martinis.

—Elijah —dijo James, girándose hacia la piscina.

Winona estaba dormitando. Winona estaba dormida. Su cuerpo estaba desplomado sobre el flotador y el agua se la estaba llevando al lado profundo de la piscina.

—Nadie sabe por qué la gente necesita dormir —se oyó a sí mismo decirle a su nieto—. El sueño es un misterio.